

escritos de retórica representan un conjunto de indudable valor para quien quiera internarse en la filosofía del pensador alemán a través de una lectura como la que él mismo ha requerido en un célebre párrafo de *Aurora*: lenta y minuciosa, gobernada por el *pathos de la distancia* y la probidad filológica, la cautela y la desconfianza frente a la *inmediatez* en que se “empantanar” los románticos.

A tal fin sirve de manera ejemplar esta edición de los *Escritos sobre retórica*, la primera en nuestra lengua, si obviamos la edición parcial contenida en *El libro del filósofo* (Taurus, 1974, 2000, segunda edición), conducida sobre el texto de la versión francesa de Lacoue-Labarthe y J. Luc Nancy, la que a su vez había sido efectuada sobre el imperfecto texto original de las ediciones Kröner y Musarion. La traducción realizada por L. E. de Santiago Guervós, a partir del texto de la *Kritische-Gesamtausgabe* editado por F. Bormann y M. Carpitella (1995), es la mejor que se pudiera esperar de textos fragmentarios y tan dificultosos como son estos. El ensayo introductorio “El poder de la palabra: Nietzsche y la retórica”, del mismo traductor, es sin más excelente. Dado el conocimiento actualizado de las contribuciones más recientes de la *Nietzsche-Forschung*, en especial de la vertiente histórico-filológica de los *Nietzsche-Studien* y la inteligente exposición de las mismas, alternadas con agudas y pertinentes observaciones, hacen de éste un trabajo de inapreciable valor para introducirse en la reflexión nietzscheana sobre el lenguaje. A todo esto debe agre-

garse la impecable confección que distingue a los volúmenes de la colección *Clásicos de la cultura* de la editorial Trotta.

SERGIO SÁNCHEZ
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
ARGENTINA
ssanchez@ffyh.unc.edu.ar

Clément Rosset. *La fuerza mayor. Notas sobre Nietzsche y Cioran*, Madrid: Laberinto, 2000, 128pp.

La reciente aparición ante el público de habla hispana de *La fuerza mayor*, cuya publicación en Les éditions de Minuit se remonta a 1983,¹ es una noticia que sin duda celebrarán quienes conozcan la obra del filósofo francés, pero también, y sobre todo, una ocasión inmejorable para entrar en contacto con ella por parte de quienes hasta ahora no han tenido la oportunidad de leer ninguna de sus obras. En cualquier caso, al unirse a los títulos ya traducidos al español, como es el caso de *Lógica de lo peor*, *La anti-naturaleza*, *Lo real y su doble* y *El principio de crueldad*, quizá contribuya a que la filosofía de Rosset pueda introducirse y afianzarse cada vez más en nuestro entorno cultural, tanto en España como en Sudamérica, de lo que ya dan muestra algunas recientes monografías, artículos, recen-

¹ El subtítulo “*Notas sobre Nietzsche y Cioran*”, añadido en la versión española con el visto bueno del propio Rosset, no aparece en la edición original.

siones, entrevistas y tesis doctorales consagradas a su obra.²

El libro presenta dos grandes textos: "La fuerza mayor" y "Notas sobre Nietzsche". A ellos se les añade, a modo de contraste, un breve epílogo: "El descontento de Cioran". El interés de la obra, por tanto, es doble. En primer lugar, si bien todos los escritos de Rosset gravitan sobre el mismo tema, la peculiaridad de *La fuerza mayor* consiste en ofrecer, de manera detallada y casi exhaustiva, el resultado de anteriores investigaciones en torno al fenómeno de la alegría y a su aptitud para acceder a lo real con conocimiento de causa, que es la tesis de toda la producción filosófica de Rosset. En segundo lugar, aunque las referencias a Nietzsche en sus obras son continuas desde el principio, es ahora cuando se ofrece un estudio amplio de la filosofía nietzscheana que muestra cómo la afirmación dionisiaca o, simplemente, la alegría, es también en Nietzsche la clave de toda su obra. Con ello, al situar la aprobación de lo real en el centro neurálgico de la actividad filosófica (según Rosset, no hay problema más serio que el de conjugar la alegría y la lucidez), se entra de lleno en dos polémicas convergentes, una filosófica y la otra historiográfica, pero con un mismo denominador común: el cuestionamiento de la alegría como primer motor o motor inmóvil de cualquier aventura filosófica, tanto en el caso de Rosset como en el de Nietzsche. Sea

como fuere, estamos en presencia de un título sumamente importante y, en más de un aspecto, decisivo. Por un lado, se trata de una de las principales obras del que quizás sea el heredero por excelencia de la filosofía trágica de Nietzsche, es decir, de la gaya ciencia —al menos, es uno de los pocos pensadores de este siglo que, al contrario de lo que es habitual entre sus colegas, no parece haber venido al mundo para anatematizarlo. Por otro lado, y como consecuencia de lo anterior, en esta obra se inscribe una de las más verosímiles interpretaciones de la filosofía nietzscheana —en todo caso, una de las más cercanas a su espíritu y su letra, lo que no deja de ser una rareza tratándose del discípulo de Dioniso. Además, y ello merece ser resaltado, se concede la última palabra al verdadero adversario, quizás el único adversario que hoy debe ser tenido en cuenta de cara a la creación de una filosofía no sólo crítica, sino también y ante todo afirmativa; y es que Cioran, en la estela de Pascal, Kierkegaard o Schopenhauer, es uno de esos escasos pensadores, seguramente el más ilustrativo en las últimas décadas, capaces de mantenerse lúcidamente en el "descontento" de Dios, del mundo y de sí mismo, sin tratar de huir hacia la ilusión.

La principal tesis defendida por Rosset en "La fuerza mayor", destaca tanto el carácter general de la alegría respecto de los objetos particulares, como su carácter paradójico respecto de los dudosos motivos de alegría que estos objetos pudieran ofrecer. De un lado —y aquí reside su rasgo aprobador o afirmativo—, la alegría no se agota en el objeto o en los objetos de los que, llegado el caso, pudiera extraer una satis-

² Por lo que respecta a Colombia, esta Revista ya ha realizado alguna meritoria incursión en la filosofía de Rosset, gracias al profesor Freddy Téllez (nos. 110 y 111, agosto y diciembre de 1999 respectivamente).

facción, ya que dichos objetos sólo son la ocasión o el pretexto de la alegría, y no su causa objetiva, razón por la cual podría decirse que la alegría es previa a, y mayor que, los objetos que la acompañan. Su régimen es el del todo o nada. O desborda al objeto particular y se extiende a la suma general de los objetos particulares, afirmando el carácter jubiloso de la existencia, o no hay tal alegría. Ni qué decir tiene que la alegría, tal y como la concibe Rosset, remite a una existencia efímera, cambiante, perecedera y deseada como tal. De otro lado —y éste es su rasgo trágico o crítico—, la alegría también es independiente respecto de las gratificantes cualidades que se presume han de ser inherentes al objeto o a la suma general de los objetos con ocasión de los cuales se manifiesta. Pues, bien mirado, no dejan de presentar todos ellos aires muy poco alegres, tales como el hecho de ser efímeros en el tiempo, ínfimos en el espacio, gratuitos e ineluctables a la vez por lo que respecta a la causalidad, o sea, idiotas, insignificantes, preñados de horrenda muerte, y destinados a cruel y eterna perdición. De esta incompatibilidad entre la alegría y su justificación racional se sigue, pues, que no hay más alegría que la paradójica, pudiéndose decir sin más que cualquier otra especie de alegría es una alegría ilusoria, esto es, una variación especial de la tristeza. En resumidas cuentas, sólo la alegría permite una total y paradójica adaptación a lo trágico de la existencia, sólo ella permite ser totalmente consciente de lo real, por un lado, y totalmente insensible a su crueldad, por otro, que es en lo que se cifra el vínculo entre la alegría y el saber trágico, o sea, el funda-

mento del “gay saber”.

Por lo que respecta a “Notas sobre Nietzsche”, y para comprender bien la perspectiva desde la que se interpreta la filosofía nietzscheana, que no es otra que la reseñada más arriba, quizá fuese conveniente establecer previamente las relaciones entre ambos autores. Se sabe cuál es la fórmula que el “alegre mensajero” nos ofrece para expresar la grandeza en el hombre: *amor fati*... “El no querer que nada sea distinto, ni en el pasado, ni en el futuro, ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, y menos aún disimularlo —todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario—, sino *amarlo*...”³ Es fácil deducir de ahí que la obra de Nietzsche deba constituirse por fuerza en el horizonte inevitable, por ser el más cercano en el tiempo, de toda empresa filosófica que, en la actualidad, se encomiende de un modo expreso e inequívoco a la insólita tarea de efectuar una “transposición de la alegría dionisíaca al pathos filosófico”, como reza la definición canónica de la filosofía trágica. No debe extrañar, pues, que la filosofía de Rosset encuentre su punto de partida y su inspiración, su génesis, en la misma experiencia que habría de posibilitar la tesis central mantenida por Nietzsche en su primera obra, y que halla inmejorable expresión ya en su mismo título: *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*. Es la jovialidad, la ligereza, la beatitud, el júbilo y, en suma, la alegría, lo único que podría autorizar una visión totalmente catastrófica de la realidad, al ser también lo único que podría soportarla. Por lo demás, a lo

³ EH, “Por qué soy tan inteligente”, §10, 54.

largo de la producción filosófica de Rosset, sólo Nietzsche ocupa un lugar de referencia privilegiado. La única diferencia que cabría hallar entre la valoración de Nietzsche mantenida en las primeras obras de Rosset y la que tendrá lugar después, a partir de *Lógica de lo peor* y *La anti-naturaleza* —diferencia que en nada afecta a la consideración de la filosofía nietzscheana como tal, sino tan sólo a su ubicación en la historia de la filosofía—, es que Nietzsche pasará de ser el primer filósofo trágico a ser simplemente un pensador trágico más, el más reciente en el tiempo y, en consecuencia, el último de todos ellos. Sin duda, otras fuentes de inspiración comparten ese mismo honor con Nietzsche, pero a ello habría que decir que, o bien carecen de algunos rasgos característicos de la filosofía trágica, tales como el ser justamente expuestas en términos filosóficos o el ser totalmente aprobadoras (los trágicos griegos, los clásicos franceses del siglo XVII, Pascal, Schopenhauer), o bien son reconocidas tardíamente (presocráticos, sofistas, Lucrecio, Montaigne, Gracián, Spinoza, Hume). Ni Marx, ni Freud, ni otros muchos pensadores del siglo XX particularmente influyentes en los años sesenta, serán tenidos en cuenta por Rosset a la hora de elaborar su propia filosofía trágica. A su vez, como consecuencia de lo anterior, tampoco la filosofía que se viene haciendo durante esos años en Francia guarda la más mínima relación con los primeros escritos de Rosset. Esta incompatibilidad, que no es sino la consecuencia práctica de una inactualidad respecto de las producciones filosóficas de este tiempo, encuentra su justificación en la aprobación

incondicional de lo real, que es el eje central de la filosofía tanto de Nietzsche como de Rosset.

En este sentido, la obra de Rosset podría considerarse como una reflexión ininterrumpida en torno a los presupuestos básicos de la filosofía de Nietzsche, reflexión que, lejos de dar por resultado una fiel imitación terminológica o, lo que es peor, una infiel reconstrucción conceptual de su filosofía afirmativa y trágica en términos críticos y morales, (como les suele acontecer a los llamados "nietzscheanos"), es capaz de configurar, por el contrario, a fuerza de congenialidad, una filosofía personal y originalísima, sin apenas punto de contacto con la actual sensibilidad filosófica y sus más representativas corrientes de pensamiento. De ahí que la presencia de la filosofía trágica de Nietzsche en la obra de Rosset no se agote, ni mucho menos, en las citas o en los comentarios ilustrativos, esto es, en los apoyos textuales para las propias argumentaciones, o en la ejemplaridad respecto del propio discurso. Más por confluencia que por influencia, más por coincidencia que por incidencia, la repercusión de los escritos nietzscheanos es nuclear, de principio a fin, en la filosofía de Rosset. Desde su primera obra, que lleva justamente por título una expresión que ya siempre irá unida al visionario de Sils-Maria, *La filosofía trágica*, hasta la exposición del modo resueltamente afirmativo con el que Nietzsche hace suyo el "milagro griego", en *Principios de sabiduría y locura*, pasando por todas y cada una de sus obras, Nietzsche es el único pensador que aparece siempre, no como una voz que otorgara legitimidad ante el gremio

o ante el Círculo de Amigos de Nietzsche –sumisión que equivale sin más a dimisión–, ni como el mejor referente filosófico –forma ordinaria de llamar a la desigualdad jerárquica ya mencionada–, ni siquiera como un maestro ante su discípulo –pues la doctrina, esotérica, ni se enseña ni se aprende, aunque las palabras que la profanen sean visibles hasta para ciegos–, sino tan sólo como el principal compañero de viaje, a lo sumo, el hermano mayor, cuya experiencia bien pudiera alentar la aventura personal de recorrer la misma travesía y descubrir el mismo territorio.

Por lo demás, no deja de ser coherente que la constante presencia nietzscheana en las obras de Rosset haga del todo innecesario elaborar tempranamente un análisis pormenorizado de la propia filosofía de Nietzsche. Así, no debe sorprender en absoluto que haya que esperar hasta 1981 para ver publicados los primeros escritos sobre Nietzsche,⁴ recogidos más tarde en *La fuerza mayor*. Varias consideraciones apoyan esta tesis de la innecesidad unida a la presencia. En primer lugar, la forma misma de su publicación, subordinando el sencillo título del capítulo que une a los artículos (“Notas sobre Nietzsche”) al título genérico de la obra, no parece buscar ninguna notoriedad especial. En segundo lugar, no se pretende explicar la filosofía de Nietzsche como tal, empresa que ya ha sido realizada con mayor o menor fortuna en innumerables ocasiones, sino tan sólo facilitar la comprensión de algunas paradojas de su filosofía que todavía hoy mantiene per-

plejos a buena parte de los especialistas, razón por la cual tampoco se espera lograr una gran resonancia. En tercer lugar, el carácter tardío de este escrito sobre Nietzsche es una circunstancia que se adecúa bastante bien con la presencia continua de su filosofía en la obra de Rosset, como queda de manifiesto en el hecho de que las “Notas sobre Nietzsche” estén precedidas justamente por el análisis de esa *force majeure* que es la alegría, el punto neurálgico de la filosofía de Rosset y, quizá también –esa es la tesis–, del propio Nietzsche. En cualquier caso, al margen de su contenido, con este escrito se ilustra un modo particular de concebir la filosofía, consagrada principalmente a destacar el elemento de la alegría y la afirmación, de la misma manera que “El descontento de Cioran”, el escrito que cierra el libro, e independientemente también de su contenido, ilustra a la perfección el caso contrario, a saber, el inconveniente de haber nacido, la teórica imposibilidad de aclimatarse a la dureza inherente a lo real.

La valoración que Rosset efectúa de la filosofía de Nietzsche, antagónica por lo general a la mayoría de las interpretaciones que del “alegre mensajero” se han venido dando a lo largo del presente siglo –en términos filosóficos, bastante triste e ilusorio, pero muy poco nietzscheano–, requiere una explicación. El estudio se sitúa en todo momento al margen de los cánones de la metafísica, tanto antigua como posmoderna, y, por lo tanto, como es habitual en Rosset, se desarrolla sin ningún género de aspaviento ni fuelle poético, tan habituales en la retórica tradicional, pero también sin la adormidera conceptual y sin el

⁴ *La Nouvelle Revue Française*. Paris, 1981, 336-345.

autismo lingüístico característicos de la retórica moderna. Por lo demás, se trata de saber qué es prioritario en Nietzsche y, como consecuencia de ello, qué es subordinado, puesto que no deja con todo de ser una constante en los estudios nietzscheanos que se opte por privilegiar los aspectos menores de su filosofía, incluso marginales a ella o circunstanciales a la persona, como clave interpretativa para mostrar desde ahí la verdadera imagen de la obra y la personalidad del filósofo.

Si bien el estudio analiza distintos aspectos de la obra nietzscheana, tales como la falta de recepción de su filosofía, el papel fundamentador de la alegría musical, la abolición del dualismo metafísico en beneficio de una sola y única realidad, el estatuto filosófico del "gay saber", la moral nietzscheana o el eterno retorno, todos ellos participan de un mismo enfoque, que no es otro que el del júbilo y el entusiasmo ante lo real. Dos grandes dificultades presenta, pues, la filosofía de Nietzsche: conciliar la alegría dionisiaca y el conocimiento trágico del dolor, por un lado, y armonizar la afirmación de lo real y la crítica de los ídolos, por el otro. Los análisis de Rosset a este respecto son definitivos, en tanto que facilitan la comprensión de esa relación jerárquica que, en la obra de Nietzsche, siempre se ha establecido entre la alegría y el conocimiento del dolor, entre la afirmación y la crítica. En primer lugar, la alegría dionisiaca siempre triunfa sobre el conocimiento trágico del dolor: es mayor, más fuerte que él, una *force majeure* en definitiva; a su vez, el conocimiento trágico del dolor es la condición necesaria de la alegría dionisiaca, en tanto que la pone a

prueba, en tanto que permite justamente a ésta aprobar la realidad con conocimiento de causa. En segundo lugar, esa misma relación jerárquica se establece, en Nietzsche, entre la afirmación de lo real y la crítica de los valores nihilistas, ocupando aquélla el primer lugar y ésta un lugar secundario. Como se sabe, la mayoría de las interpretaciones de la obra de Nietzsche no hacen sino advertir una contradicción en el primer caso, incluso una ilusión, puesto que el conocimiento del dolor habría de arruinar toda alegría y sólo podría engendrar duelo y melancolía. También es notorio que dichas interpretaciones suelen invertir la relación establecida por Nietzsche en el segundo caso, dado que la afirmación, suponiéndola posible, sólo podría aparecer en el horizonte después de la crítica, o sea, a partir del trabajo de lo negativo. El valor de los análisis de Rosset, por consiguiente, reside principalmente en haber clarificado las posibles dificultades de la filosofía nietzscheana —insalvables desde cualquier tipo de planteamiento racionalista y moral, esto es, metafísico— con la propia filosofía nietzscheana, no en haber anulado dichas dificultades, invirtiendo aquella jerarquía, con una apropiada selección de textos que avale la infame falsificación.

A pesar de la escasa atención concedida a la interpretación de Rosset, muy en consonancia con la casi nula atención que a su propia obra le viene dedicando toda esa legión de "nietzscheanos" que en los últimos cuarenta años parece haber ocupado toda la redondez de la Tierra, quizá se trate —junto a las ya conocidas de Gilles Deleuze y Giorgio Colli, más exhaustiva y especulati-

va la primera, más biográfica y misteriosa la segunda, más filosófica y serena la de nuestro autor, y perfectamente complementarias las tres en lo esencial— de una de las más veraces y certeras que han tenido lugar, no ya en las últimas décadas, sino a lo largo de este siglo, lo que sólo podría explicarse en virtud del carácter insólito de la propia filosofía trágica, por un lado, y del parentesco filosófico entre el intérprete y el interpretado, por otro.

RAFAEL DEL HIERRO OLIVA
U.N.E.D. (UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACION A DISTANCIA)
MADRID

Arno Münster. *Nietzsche et Stirner*.
París: Kimé, 1999, 109pp, ISBN: 2-84174-164-8.

Arno Münster, nacido en Alemania (1942) pero instalado en Francia desde 1967, prolonga con este nuevo libro su interés tradicional: el pensamiento moderno alemán. Las primeras obras con las que se hace conocer en francés estaban dedicadas a Ernst Bloch.¹ Posee igualmente un libro sobre Walter Benjamin, otro acerca de Habermas y uno consagrado a diversos autores judíos,² entre otros.³

Ahora bien, en muchos de sus libros

el enfoque y el tratamiento predominante son los de la divulgación, como si su preocupación central consistiera en hacer conocer las investigaciones y debates de su país de origen.

Nietzsche et Stirner es su segundo trabajo sobre el pensador de Röcken. En 1995 le había consagrado otro al tema (siempre atractivo): *Nietzsche et le nazisme*, publicado en la misma editorial parisina, Kimé, y constituido en realidad por siete textos independientes sobre dicho autor. El título retoma uno solo de esos ensayos, basado en la lectura crítica de dos o tres especialistas alemanes.

“Nietzsche et Stirner” es asimismo uno solo de los ensayos del libro, que incluye otro dedicado a la lectura de la *Genealogía de la moral*. Su subtítulo explicita el interés del autor: “Enquête sur les motifs libertaires dans la pensée nietzschéenne”. Es a partir de ese enfoque que Arno Münster busca la relación entre ambos pensadores.

Saber si Nietzsche leyó o no a Stirner, o por qué, si ese fue el caso (nunca lo citó explícitamente), es incidental en opinión de Arno Münster. Al abordar este punto preciso, él mismo confesará sus reticencias, “debidas a ciertas incoherencias manifiestas, en los textos mismos de Nietzsche, que plantean problemas de interpretación casi insolubles” (10).

Esos son propósitos expuestos al ini-

figura como editor y colaborador. Se trata de la recopilación de ponencias en coloquios: uno sobre Ernst Bloch publicado por Actes Sud en 1986, otro acerca del pensamiento de Franz Rosenzweig editado en París por las Presses Universitaires de France (PUF), 1994, y el último sobre Levinas, (París: Kimé, 1995).

¹ MÜNSTER 1985 y 1989.

² MÜNSTER 1996, 1998 y 1997, respectivamente.

³ Hay tres libros en los cuales Arno Münster